

mado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escocés ayudó al Sarraceno á desceñir el ropage exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirigieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro hácia la Meca, y el cristiano, temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillóse delante de ella, encaróse á la cruz del puño y recitó el rosario, con una devoción que realzaba el recuerdo de las escenas y peligros de aquel dia. Los dos guerreros, cansados de aquella larga y difícil jornada, quedaron muy en breve sepultados en profundo sueño.

CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando le sacó de él un peso extraordinario que sintió oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él á brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso

de sus sentidos y abierto los ojos, lo primero que á estos se presentó fué el anacoreta, con el mismo selvático aspecto que ya hemos descrito, el cual, arrimado al lecho del caballero, le habia extendido sobre el pecho una mano, teniendo en la otra una pequeña lámpara de plata encendida.

— Calla, dijo el ermitaño al Escoces, que con atónitas miradas le observaba: tengo que decirte lo que no conviene que ese infiel oiga.

Dijo estas palabras en lengua francesa, y no en la mezcla de dialectos europeos y orientales, llamada lengua franca, de que hasta entonces se habia servido en presencia del Sarraceno.

— Alzate, le dijo; cúbrete con tu manto; no hables y sígueme.

Sir Kenneth se levantó y tomó la espada.

— No necesitas de armas, dijo en voz baja el santo varon: en el sitio á que nos encaminamos las armas espirituales son las que sirven, que no las terrenas.

El caballero dejó el acero al lado de la

cama, y conservando en el cinto el puñal de que nunca se deshacia en aquellos peligrosos terrenos, se manifestó dispuesto á seguir los pasos de su misterioso huésped.

Echó á andar pausadamente el ermitaño, delante del caballero, el cual, aun no bien recobrado de la sorpresa que tan inesperado lance le habia producido, estaba por creer que aquella negra figura que le guiaba, era un sueño fantástico de su turbada imaginacion. Ambos pasaron como dos sombras tenebrosas á la cámara exterior, sin que los percibiese el emir que yacia entregado al sueño.

Delante de la cruz habia una lámpara ardiendo; sobre el altar estaba un misal abierto, y veíanse en el suelo unas disciplinas, salpicadas de reciente sangre, señal evidente de la severa penitencia del anacoreta. Arrodillóse Teodorico al llegar al altar indicando al caballero que se arrodillase junto á él, sobre el desigual empedrado, que parecia dispuesto para mortificacion de los fieles que allí oran: recitó algunas preces y cantó, mode-

rando cuanto podía la voz, dos ó tres salmos penitenciales, interrumpidos por suspiros, lágrimas y sollozos, que le arrancaba el fervor que en él excitaba la poesía divina. El caballero escoces asistió con recogimiento y sincera piedad á estos actos de devoción, y sus ideas acerca de Teodorico habian mudado en tales términos, que casi estaba por reverenciarle por un santo, pareciéndole que solo á un santo era dado sentir tan íntimos afectos de piedad cristiana, y ejercer una vida tan mortificada y penitente; así que, terminado aquel ejercicio y habiéndose levantado los dos, sir Kenneth se mantuvo en pie delante de Teodorico, como un discípulo en presencia de su maestro. El ermitaño continuó algun rato silencioso y absorto en sus meditaciones.

—Mira en ese lugar apartado, hijo mio, le dijo al fin: en él encontrarás un velo: tráemele.

Obedeció sir Kenneth, y en una pequeña abertura del muro, cubierta de una puerta, halló en efecto el velo que el ermitaño le pedia.

Cuando se acercó de nuevo á la luz, observó que el velo estaba desgarrado en algunas partes y manchado en otras de una composición de color oscuro. El anacoreta le miró tambien, profundamente conmovido, en tanto extremo, que antes de poder dirigir la palabra al Escoces, tuvo que dar lugar á que saliese un suspiro del pecho.

—Próximo estás á ver por tus ojos, le dijo, el mas precioso tesoro que la tierra posee. ¡Ay de mí que los míos no son capaces de tanta ventura! Empero, ¿qué soy yo sino la vil y despreciable señal que indica al cansado navegante el puerto de descanso y seguridad? Yo señalo á los otros la dicha que no me es dado gozar. En vano he huido á las mas ásperas rocas y á lo mas remoto del desierto. Mi enemigo me ha alcanzado; aquel de quien huyo ha asaltado mi fortaleza.

Detúvose al decir estas palabras, y volviendo el rostro al caballero, le dijo con voz firme y sonora: —¿Tráesme noticias de Ricardo de Inglaterra?

—Yo vengo, dijo el Escoces, del consejo

de los príncipes cristianos. El rey de Inglaterra está enfermo y por esto no me ha honrado con sus órdenes.

— La contraseña, exclamó el ermitaño.

Vaciló sir Kenneth á esta demanda, volviendo á despertarse en su memoria las señales de insensatez que su huésped habia dado en su presencia; mas cedió esta irresolucion al respeto que le imponia su virtud y santidad. Mi contraseña, dijo, es esta: *Los reyes piden limosna al mendigo.*

— Esa es en verdad, repuso Teodorico: ya te conozco. El centinela vela en puesto peligroso y desconfia del amigo y del contrario.

Entonces echó á andar de nuevo hácia el aposento de donde habia salido. El Sarraceno yacia en su lecho aun dormido, Teodorico se paró al pasar por su lado y le miró atentamente.

— Duerme, exclamó; está en tinieblas y no debe ver la luz.

La postura del emir indicaba en efecto la mas profunda tranquilidad. Tenia un brazo sobre el cuerpo, ocultándole con la manga

casi todo el rostro, que estaba medio vuelto á la pared, y dejándole tan solo descubierta la ancha y bien formada frente. Sus nervios, que parecian tan activos y fuertes cuando velaba, estaban inmóviles, como si el rostro fuera de negro mármol. Las largas y negras pestañas cubrian las penetrantes y fogosas pupilas. La mano abierta y floja y la respiracion igual y suave daban indicios de la blandura de su sueño. Contrastaba noblemente su figura con las de los dos cristianos, sumergido el uno en los éxtasis de su ascética contemplacion, y movido el otro por la ansiosa curiosidad que excitaba en él, todo cuanto estaba viendo.

— Duerme, repitió el ermitaño en el mismo tono que antes, y continuando el sentido metafórico de sus palabras; duerme en tinieblas, mas el rayo del dia brillará á sus ojos. ¡O Ilderim! tus pensamientos son tan vanos y frágiles como las fantasmas que vagan ahora por tu aletargado cerebro: pero la trompeta ha de sonar, y habrá de disiparse el sueño.

Dicho esto y hecha una señal al caballero, indicándole que le siguiese, volvió á encaminarse al altar, y pasando por detras de él, apretó un resorte, que abriéndose con estrépito, dejó descubierto un postigo de hierro, clavado en la pared con tanto arte, que hubiera sido necesario un menudo exámen para descubrirle. El ermitaño le abrió de par en par, untó los goznes con el aceite de la lámpara y enseñó á su compañero una escalera, labrada en la roca viva, á la que el postigo daba entrada.

— Toma este velo, le dijo con voz desfallecida y melancólica; que no puedo, sin cometer un delito, contemplar el tesoro de que tus ojos van á disfrutar.

El caballero, sin atreverse á replicar, vendó los ojos á su conductor, el cual le dió la lámpara y empezó á subir con suma ligereza, como acostumbrado á penetrar en aquellos recónditos laberintos. Seguiale el Escoces y ambos llegaron muy en breve á una bóveda de forma irregular, en uno de cuyos ángulos terminaba aquella escalera, y otra arrancaba del

rincon opuesto. En otro se veia una puerta, toscamente esculpida y adornada defendida por una fuerte reja de hierro, sujeta con clavos del mismo metal. A este punto se dirigieron los pasos del ermitaño, cuya agitacion subia de punto á medida que á él se acercaba.

— Descálzate, dijo el ermitaño; porque es santa la tierra que pisas. Destierra de lo mas íntimo de tu corazon todo pensamiento carnal y profano, porque no hallan entrada en este sagrado abrigo, á menos de cometer una horrible impiedad.

Descalzóse sir Kenneth, como se lo habia mandado, y el ermitaño se mantuvo inmóvil, como arrobado en devota oracion; despues de lo cual dijo al caballero que diese tres golpes en la reja. Asi lo hizo el cruzado, y abriéndose la puerta de por sí, quedaron suspensos sus sentidos al torrente de brillante luz, y á las nubes de perfumes suaves que de pronto percibieron. Retrocedió dos ó tres pasos, y tardó algun tiempo en recóbrarse de la violenta impresion que le habia hecho

aquel repentino tránsito de las tinieblas á la luz.

Quando entró en la pieza que encerraba este resplandor, vió que provenia de una multitud de lámparas de plata, alimentadas con purísimo aceite, y colgadas con cadenas del mismo metal del techo de una reducida capilla gótica. De las mismas lámparas emanaba aquella fragancia exquisita que habia percibido. La capilla estaba abierta en la roca viva, como todas las demas partes de la singular mansion del anacoreta. Mas en las otras piezas que sir Kenneth habia visto hasta entonces, el trabajo empleado en la roca era por demas sencillo y tosco: no asi el de la capilla, en que se habian ocupado el ingenio y los cinceles de los mas diestros artífices. Sostenian por cada lado la puntiaguda bóveda, seis esbeltas columnas labradas con el mas esmerado primor, y en la distribucion y enlace de los arcos que compartian la bóveda, lucia en acertados ornamentos toda la gala de la arquitectura de aquella época. En medio de cada dos columnas habia un nicho;

seis en cada lado. y en ellos estaban colocadas las estatuas de los doce apóstoles.

En el testero de oriente, que era la parte mas elevada de la capilla, se alzaba el altar, y detras, cubierto con una cortina de seda de Persia, ricamente bordada de oro, un camarín ó santuario, en el cual se imaginó el caballero estaria depositada la imágen ó reliquia, en cuyo honor se habia erigido aquel templo, tan singular en su colocacion como en su forma. Creyéndolo asi, el caballero se adelantó hácia el camarín, se arrojó delante de él, y empezó á rezar con el mas sincero fervor; pero muy en breve se distrajo su atencion al ver que la cortina se alzaba por una mano invisible. Entonces, en el nicho que quedó descubierto, vió un arca de ébano y plata, con dos puertas de oro, y curiosamente labrada, con los adornos de la arquitectura gótica.

Mientras fijaba ansiosamente sus ojos en aquel rico tabernáculo, se abrieron de pronto las dos puertas, descubriendo un pedazo de madera sobre el cual se leia esta

inscripcion : VERA CRUZ. Al mismo tiempo se oyó un coro de voces de muger, que entonaba la antífona GLORIA PATRI. Cesó el suave canto, é inmediatamente se cerraron las puertas de oro, y cayó la cortina; mas sir Kenneth permaneció arrodillado delante del altar, y continuó en profundo recogimiento sus oraciones, dirigidas á la santa reliquia que se habia manifestado á sus ojos. Su alma quedó penetrada de un terror santo, al considerar que sus ojos habian sido testigos de aquella augusta prenda de la religion verdadera, y tan extático fué su arrobó, que hasta largo rato despues de haber concluido, no osó buscar al piadoso varon que le habia conducido á aquel sagrado y misterioso retiro. Descubrióle al cabo, cubierto aun con el velo que él mismo le habia atado, y postrado, como el leon dormido del desierto, en el pavimento de la capilla, mas sin atreverse á estampar en él los pies.

Su postura indicaba la mas humilde reverencia, y el remordimiento mas agudo y contrito; parecia que le habia postrado y

rendido el peso de una pasion amarga y poderosa, y que solo siendo esta efecto del arrepentimiento y del temor, podia haber subyugado un ánimo tan brioso, y un cuerpo tan animoso y esforzado.

Acercóse sir Kenneth al ermitaño, y ya iba á dirigirle la palabra, cuando previniendo este su designio, exclamó con voz amortiguada, que, al traves de los pliegos del velo, sonaba como si saliese de un cavernoso sepulcro : « Aparta, detente, hombre bienaventurado. Aun no ha terminado la solemnidad. » Dicho lo cual, se alzó del suelo, retrocedió del sitio en que hasta entonces habia permanecido postrado, y salió de la capilla, cerrando la puerta, cuyo resorte resonó en los ámbitos de la bóveda. Quedó solo el caballero, sin otra arma que su daga, y sin otra compañía que sus devotos pensamientos, y su impertérrito valor. La puerta, en su parte interior, era tan semejante á las paredes de piedra de la capilla, que no era posible distinguirla, ni saber donde estaba la entrada.

Incierto de lo que podía ocurrir, pero resuelto á aguardar el curso de los sucesos, sir Kenneth recorrió el solitario edificio hasta la hora de los primeros cantos del gallo. En aquel indeciso momento de la lucha del día con la noche, oyó, aunque no pudo distinguir de donde salía, el sonido de una campanilla de plata, semejante á la que se toca en el sacrificio de la misa, durante la elevacion de la santa hostia. La hora y el sitio daban cierta impresion temerosa á los ecos del metal, en términos que el guerrero, aunque acostumbrado á graves peligros, se paró de repente y se retiró á los pies de la capilla, con el designio de observar, sin interrumpir ni ser interrumpido, las consecuencias de aquella señal inesperada.

A poco rato se descorrió la cortina, y quedó de nuevo patente la reliquia. Al tiempo de doblar humildemente la rodilla, oyó el canto de laudes, entonado por las mismas voces que habian sonado en la ceremonia anterior: mas observó que aquellas voces no se mantenian siempre á la misma distancia, sino que

continuaban oyéndose cada vez mas distintamente, como si se acercasen al punto en que él se hallaba: hasta que abriéndose una puerta, tan disimulada como aquella por donde habia sido introducido, y situada en la parte opuesta de la capilla, dió salida al conjunto armonioso, que repitieron al punto los ecos de la bóveda.

El caballero fijó la vista en la puerta, con anhelosa curiosidad, y continuando en su reverente postura, como el sitio y las circunstancias requerian, aguardó el resultado de aquellos preparativos. Entonces se ofreció á su vista una procesion que de la puerta pasaba á la capilla. Iban delante, de dos en dos, cuatro gallardos mancebos, cuyos desnudos brazos y pies descubrian la tez bronceada de Oriente, puesta en contraste con las albas túnicas de que iban adornados. Los dos primeros llevaban incensarios que agitaban de un lado á otro, aumentando con las emanaciones de estos, los perfumes que por todo el ámbito de la capilla estaban esparcidos. Los segundos derramaban flores.

Seguian á los mancebos, en magestuoso órden, las mugeres que componian el coro; seis, cuyos escapularios y velos oscuros, dispuestos sobre un ropage blanco, indicaban ser monjas del monte Carmelo: otras tantas con velos blancos, como novicias ó huéspedas, no ligadas con votos religiosos. Todas llevaban rosarios en las manos; los de las monjas eran de cuentas; los de las otras de rosas blancas y rojas. La procesion dió vuelta á todo el circuito de la capilla, sin que llamase sir Kenneth la atencion de ninguna de las personas que la componian, aunque tan cerca de él pasaron, que pudo tocar con sus manos las túnicas de las religiosas. El canto duró todo el tiempo de la procesion, y disminuida algun tanto la primera impresion de sorpresa, que dió lugar á la reflexion; el caballero del Leopardo dormido conoció ser aquel uno de los monasterios en que las doncellas cristianas se dedicaban al servicio de Dios y de la Iglesia. Al principio de la ocupacion de Palestina por los soldados de la cruz, estas casas religiosas eran tan públicas

como en los otros paises cristianos; mas quedaron suprimidas con la reconquista de aquella provincia por los Sarracenos; pero algunas religiosas rescataron su libertad por medio de presentes, y otras la recibieron de la clemencia ó del desprecio de los vencedores, y continuaron observando en ocultos retiros las prácticas religiosas á que se habian consagrado. A pesar de estar instruido sir Kenneth de estas circunstancias, la magestad del templo y de la hora; la aparicion inesperada de aquella solemnidad; la pausa y recogimiento que las religiosas observaban, de tal modo conmovieron sus sentimientos y su imaginacion, que estuvo por espacio de algunos momentos sin poder resolverse á creer que eran criaturas mortales, pues mas bien parecian seres de un órden superior y privilegiado, que habian bajado á la mansion del hombre, á tributar homenaje al objeto universal de la adoracion del universo.

Tal fué la primera idea del atónito Escoces al ver pasar aquellas desconocidas, en lenta y ordenada procesion, tan recogidas é in-